

Elecciones y poder local

¿Dónde están los nuevos movimientos sociales?

Luis Salamanca

En los últimos años el desarrollo político venezolano ha entrado en una dinámica que posee rasgos atípicos. Un grupo de tales rasgos se está expresando en el desplazamiento electoral del venezolano. Dicho desplazamiento no muestra un patrón regular y parece más bien un momento de incertidumbre del electorado, antes que la cristalización de nuevos compartimientos. Pese a ello, el voto cruzado y la abstención son los indicadores más claros de lo que está aconteciendo. Estas movidas de un electorado que en los últimos 15 años gozó de una relativa estabilidad en sus preferencias podrían estar alimentadas por varios procesos de cambio político tales como: 1) debilitamiento de los lazos de fidelidad e identidad del electorado con los partidos tradicionales; 2) regionalización y personalización de la política; 3) pérdida de capacidad movilizadora y motivadora de los partidos con respecto al electorado; 4) desplazamiento del electorado hacia posiciones de desconfianza con respecto al sistema de partidos; 5) búsqueda de nuevos criterios y actores para la constitución de la voluntad política en donde los asuntos comunitarios y los líderes comunitarios son elementos centrales, en tanto que las maquinarias partidistas comienzan a ser rechazadas como los únicos sujetos en capacidad de gobernar y dirigir; 6) Promoción de un nuevo liderazgo y un nuevo discurso político como consecuencia de lo anterior, tanto en los partidos políticos como más allá de los partidos.

Estos procesos de cambio se agudizan si le añadimos un nuevo dato: a partir del 27 de febrero, la sociedad ha descubierto su potencial de movilización. Las masas han reaparecido como un factor preocupante en el escenario político, tal como lo muestra el año 1989, que es quizás, después del período presidencial de Caldera, el de mayor conflictividad y movilización social. En todo esto destacan una disposición hacia la rebeldía de las bases partidistas frente a las decisiones impositivas de liderazgos y candidatos que las bases no reconocen y la tendencia hacia las manifestaciones sociales autónomas.

EL PODER LOCAL: LO PEQUEÑO ES HERMOSO

Todo este conjunto de condiciones políticas se agudiza aún más debido al desbordamiento del Estado que no está preparado para la nueva etapa histórica que arrancó el 2 de febrero, y que debe enfrentar con su diseño actual la expresión aluvional de demandas socio-económicas y políticas de la nueva era. El problema de la ingobernabilidad del sistema resume este manojito de situaciones peligrosas para la viabilidad del experimento democrático. Dos alternativas se mueven en este escenario: reducir la democracia, esto es, dejar la cosa como estaba antes del 2 de febrero, introduciendo más autoritarismo, o ampliar los espacios democráticos en base a lo que podríamos llamar un proceso de especialización de la política a través

de un ejercicio micropolítico propio de la democracia local.

Esta última alternativa cada día cobra más vigor no sólo para superar la crisis política, sino para ensayar alternativas frente al Estado impotente. El avance de un nuevo localismo a través de múltiples y pequeñas redes de acción social que existen en las localidades tales como asociaciones de vecinos, grupos ecológicos, cooperativas, grupos de mujeres, organizaciones de cultura popular, asociaciones deportivas, etc. significaría el comienzo de una organización política a escala humana, manejable, cercana, útil para los barrios y urbanizaciones; que hagan efectivo el slogan de muchos nuevos movimientos sociales: "Lo pequeño es hermoso".

Hablar de poder local en Venezuela es hablar de una reducción de los espacios

habituales de hacer política y administrar el Estado. En ese sentido, un poder local puede definirse como un conjunto de procesos políticos que ocurre donde la gente vive y por la cual el ciudadano tiende a convertirse en votante deliberante. La búsqueda de ese nuevo esquema de acción socio-política no sólo es un ideal de ciertas corrientes y grupos, sino que se irá imponiendo como una necesidad de enfrentar localmente el colapso de las instituciones nacionales y de las instituciones locales dominadas por las redes clientelares de los partidos políticos y los grupos de presión. Los principales afectados del proceso de reducción de la política serán los partidos para los cuales lo local o lo regional no es otra cosa que una división geográfico-electoral.

El poder local no debe verse, sin embargo, como una realidad homogénea en la cual no hay divergencias o corrientes distintas. Supone por el contrario, la existencia de un conjunto de intereses que comparten y compiten un mismo espacio que debe organizarse según criterios internos a ese espacio, aun cuando los que compitan sean unidades nacionales. A partir de esto, pudiera forjarse a nivel local un tejido político-democrático más fuerte que el actual, que depende exclusivamente de acuerdos entre la élite a escala nacional.

La idea de un espacio político local responde muy bien a las críticas al gigantismo del Estado y a las aspiraciones de reducir el mismo a un esquema manejable y eficiente. Sin embargo, esta idea de la reducción del Estado, para muchos, no es más que la creación de una tierra de nadie en donde los más fuertes serán los dominantes. Pero el poder local no puede inaugurarse sobre la base del abandono de las poblaciones locales. Debe por el contrario crear propias bases de desarrollo económico y de bienestar social, ya iniciados por el Estado Central.

Para que esto sea posible es necesario generar una nueva cultura política, una

nueva idea de lo que es hacer un país desde la base, que no ha existido hasta ahora, y que los partidos no están en capacidad de generar. Este juicio severo hacia los partidos no impide notar que algunos de ellos, los partidos pequeños de la izquierda, han comenzado a cambiar la estrategia tradicional de hacer política desde el centro hacia la periferia, invirtiendo la secuencia desde lo regional hacia lo nacional. Estos partidos han comenzado a notar la aparición de nuevos criterios de votación en el electorado: lo local, lo regional y la personalización. De ello dependerá en el futuro la suerte de los partidos.

¿CUAL ES EL PAPEL DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN LA CONSTRUCCION DEL PODER LOCAL?

Queda abierta sin embargo la pregunta de cuáles serán los actores que encarnen esa nueva cultura política que deberá enfrentar la doble tarea de: 1) crear un nuevo Estado a nivel de las localidades; y 2) responder a las exigencias de mayor democracia.

La respuesta no es fácil. Primero, porque la crisis de legitimación que sufren los partidos no significa su desaparición como los voceros principales de la sociedad; pero al mismo tiempo, dicha crisis no los capacita suficientemente para ponerse al frente del proceso de revitalización de la democracia. Simplemente estarán allí en medio de una dinámica de nuevo asociacionismo (nuevo en relación con el que se inició en 1936 en base a sindicatos y partidos que hoy parecieran haber llegado a un techo de desarrollo y comenzado su involución) y de replanteamiento de las relaciones entre el Estado y la sociedad. En verdad los grandes partidos muestran poco potencial estructural e ideológico, para interpretar y canalizar la aparición de esta nueva oleada organizativa más allá de la cooptación, la manipulación y la instrumentalización electoral a la cual nos tienen acostumbrados. Esta incapacidad abarca por igual a todos los partidos cuyos discursos frente a estos nuevos desarrollos no pasa de ser simples "manoseos" a la sociedad civil, o baños oportunistas para estar al día con las presiones de la sociedad.

Segundo, porque frente a ese vacío dejado por los partidos, las posibilidades

apuntan hacia la incertidumbre política y/o a nuevos actores socio-políticos. En este punto la velocidad de los cambios que están ocurriendo, que puede ser vista como una pendiente de deterioro, plantea agudamente el problema de la velocidad con que se articula la línea de salida que detenga el proceso de deterioro. En otras palabras, frente al momento de incertidumbre de cambios políticos la crisis apunta hacia lo nuevo, esté en los partidos o fuera de ellos.

Pero, ¿dónde están los nuevos actores? ¿Qué están haciendo? ¿Qué están pensando? Algunos los sitúan en la "sociedad civil"; otros creen que son los partidos los únicos capacitados para llevar adelante la tarea. Creo que entre ambos espacios — que no son antagónicos — podría crearse una especie de puente en el entendido de que ninguno puede prescindir del otro para construir un nuevo tejido democrático. Sin embargo, este trabajo conjunto está lleno de tremendos obstáculos, el más importante de los cuales identifica y opondrá la razón del partido versus la razón del movimiento, que constituyen, hoy por hoy, dos culturas políticas, una en crecimiento, la otra en deterioro. Sin embargo, la abstención electoral podría obligar hacia otros derroteros, ya no de cooperación, sino de deslinde entre una sociedad que se mueve buscando otra cosa (la razón de movimiento) y los partidos y élites políticas y sociales aferrados a la tradición, casi convertidos en "Ancien Regime". La importancia de la abstención es crucial porque las elecciones son el principal oxígeno de la democracia, y el 20% del 88 más la que se presume habrá en el 89, llevan a ver la abstención en un doble sentido: como desapego negativo, en la medida que es un rechazo del sistema de partidos; y como desapego positivo en la medida que es un rechazo a la política tradicional y significa un electorado en busca de otros horizontes, lo que los politólogos llaman desalineamiento y realineamiento electoral.

Este aspecto del proceso no es más que uno, aunque decisivo. Ello es lo que permite plantear el problema de si los nuevos movimientos sociales deben tener una política electoral beligerante, o simplemente continuar construyendo lentamente la sociedad civil en diferentes expresiones, pero en un marco de acelerado deterioro. Más aún, habría que preguntarse hasta qué punto las nuevas orientaciones del electorado no son el resultado de un largo

trabajo iniciado en la década de los 70, por los movimientos vecinales de nominalizar el voto y personalizar la política. Por tanto, a estos movimientos les correspondería sistematizar la experiencia, en el entendido de que dicha tarea no es la única, sino que es una de las herramientas que tienen los movimientos sociales para incidir en el proceso de transformaciones de la vida política.

En otras palabras, las transformaciones de las actitudes políticas del electorado que se observan hoy en día, no sólo son una exigencia para que los partidos definan nuevos modos de relacionarse con la sociedad, sino que son al mismo tiempo un desafío para los nuevos movimientos sociales de ir generando bases para una nueva constitución de la voluntad política. Creo que no exagero si digo que muchos de los abstencionistas de diciembre, de los frustrados con los partidos, votarían por fórmulas ligadas con estos nuevos movimientos. Pero no existe una estrategia en el sentido de asumir las exigencias que suponen las expectativas creadas por estos movimientos.

¿DEBEN LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES ENTRAR EN LA LUCHA ELECTORAL?

Pareciera lógico pensar que en un sistema de partidos la suerte político-electoral de cualquier actor depende de la capacidad de los competidores de jugar el mismo juego de los actores principales, lo cual no significa ser y hacer lo mismo que los partidos políticos. Tal afirmación tiene suficientes elementos a su favor: tal cosa ocurrió con los partidos revolucionarios de la clase obrera que despreciaban la democracia burguesa y parlamentaria por su metodología electoral y terminaron convirtiéndose en maquinarias electorales. En otras palabras, competir políticamente en un sistema de partidos significa competir en los mismos términos con los antagonistas. Frente a grandes maquinarias "atrapa todo", científicamente diseñadas para el control político, parece obvio que no pueden oponerse estructuras artesanales. Pero, más allá de ese criterio "realista", está el hecho de que lo electoral ofrece un campo amplio de posibilidades creativas para un sistema político, que no se puede despreciar con el argumento de que las elecciones son una especie de

trampa corruptora de todo el que se mete en ellas.

Para otros, la argumentación hecha se cae por su propio peso, por cuanto competir electoralmente no está dentro de las preocupaciones principales de los nuevos movimientos sociales. Incluso algunos van más lejos al sostener que los movimientos sociales se definen por no buscar el poder del Estado, debido a que "el poder del Estado negaría la esencia misma y el propósito de los movimientos sociales" (André Gunder Frank, Marta Fuentes, Nueva Sociedad, 1988). Para otros, el eje de la lucha de los nuevos movimientos sociales no pasa por el control del Estado o del gobierno, sino por generar una incesante "revolución de lo cotidiano", que modifique la actitud social y del Estado. Lo que no entendemos es cómo tal cosa pueda ser posible sin plantearse claramente una perspectiva frente al poder, en sus diversas expresiones.

El proceso por el cual los movimientos sociales se relacionan con el poder, es un descubrimiento de lo político a través de una acción inicialmente defensiva del espacio de vida inmediato desde el cual se desarrollan. A través de la acción los movimientos van construyendo su idea de la política, la cual difiere de la de los partidos políticos en que va más allá del poder del Estado, irrigando todas las esferas de la vida social dominadas por relaciones de poder. ¿No es acaso el deterioro de la ciudad expresión de un determinado manejo del poder urbano? ¿La destrucción ecológica no refleja una criminal concepción del poder sobre la naturaleza? ¿El predominio del machismo en la vida social no es acaso una idea del poder impuesta por los hombres, a la cual hay que responder con otra idea del poder?

Los movimientos sociales descubren la política en forma natural y la viven según las exigencias de la dinámica que se establecen entre la realidad sociopolítica y el movimiento. Los movimientos sociales se autoproducen en un juego tenso que va de lo defensivo a lo ofensivo, que va de la preservación de lo que Habermas denomina el "mundo vital", a la proposición de nuevos contenidos del mundo vital, e incluso, hasta la invención de nuevos mundos vitales. En los sistemas democráticos, los movimientos pueden llegar a esto en muchos sentidos, pero en algún momento notarán que su capacidad de disposición dentro y sobre el sistema llega a un techo. En ese punto lo electoral puede ser

una llave para abrir otros procesos. Y ello no le resta importancia a otras acciones, porque sin duda la riqueza de estos nuevos experimentos no se agota en la lucha por una democracia más abierta. Más allá de la lucha pública por la obtención de derechos electorales plenos, existe un interesante laboratorio de nuevas prácticas de vida y de organización que hasta el 27 de febrero eran realidades prácticamente desconocidas para la sociedad. En ese mundo subterráneo, destacan el activismo cooperativista, que ha aliviado la carga de tensión social que se destapó desde el 2 de febrero de 1989, los grupos ecológicos, las Comunidades Eclesiales de Base, las redes de grupos de mujeres, los grupos de acción cultural, el nuevo sindicalismo, etc. Todos estos movimientos viven en su propia experiencia, los límites institucionales y los bloqueos electorales de la democracia, viven la experiencia de que el que no tiene poder electoral es un marginado político y un impotente político.

Ese desarrollo de la sociedad constituye el principal insumo para diseñar un poder local que potencie las bases de la sociedad, y que a partir de lo cual pueden establecerse nuevos límites a la acción de los partidos y del Estado, ganando espacios que permitan construir y defender mundos vitales dignos, animados por una nueva concepción de la modernidad venezolana. Con estos nuevos movimientos sociales el escenario se está construyendo para un nuevo proyecto de modernización que reorganice la vida nacional, fortalezca la democracia y avancemos hacia una sociedad de bienestar. Es probable que el desarrollo logrado hasta ahora por estos movimientos para algunos no sea suficiente para dar el paso. Sin embargo, discutirlo no estaría de más.

Creo que los nuevos movimientos deben empezar a discutir una estrategia electoral de nuevo tipo que incluya el voto consciente pero que vaya más allá de él, para conectarse con el cambio de las posiciones electorales del venezolano en un momento en que se están obteniendo nuevos derechos electorales, que amplían el grado de soberanía de la sociedad civil frente a los partidos y frente al Estado.

POSIBLE DESARROLLO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

A partir de estas últimas consideracio-

nes se pueden prever algunos posibles desarrollos futuros de los nuevos movimientos sociales dentro del sistema democrático, en el entendido de que esos desarrollos no son excluyentes entre sí y se estarían dando simultáneamente.

- 1) Convertirse en grupos de presión locales y nacionales en función de mejorar las condiciones de vida urbana, ecológica, alimentaria, de seguridad pública, etc. sin producir mayor impacto transformador en planos más amplios del orden social y político.
- 2) Convertirse en grupos auxiliares del Estado, complementarios de la acción deficitaria de éste en las comunidades, asumiendo las funciones que el Estado no cumple y corresponsabilizándose en el fracaso del mismo. Este papel complementario del Estado implica:
 - a) La cooptación de los movimientos en la estructura del Estado en áreas especializadas de acción social: protección al consumidor, planificación urbana, etc. perdiendo mucho de su autonomía.
 - b) La conversión de los movimientos en fuente de mano de obra gratis financiada por el Estado.
 - c) O la conversión de los movimientos en financiadores de los déficits del Estado a través de compra de patrullas, adquisición de insumos de limpieza, etc.
- 3) Asumir el papel señalado puede llevar a estos movimientos, en particular, a las asociaciones de vecinos de urbanizaciones y barrios, a convertirse en "Trincheras Urbanas" de autodefensa de la urbanización y el barrio, exclusiva y celosamente preocupadas por su espacio inmediato, capaces de dispensar sanciones en su ámbito limitado, sin mayor conexión e interés con los problemas de la ciudad.
- 4) Convertirse en una forma más de organización funcional de los partidos políticos para el control de las bases sociales, como los sindicatos y los gremios.
- 5) Profundizar en su carácter como nuevos movimientos sociales que no sólo se movilizan para presionar por la redemocratización sino que a partir de ella puedan ofrecer un programa de transformación de las instituciones encargadas de darle respuesta a las exigencias de la sociedad y un nuevo liderazgo político y gerencial capaz de implementar dicho programa.